

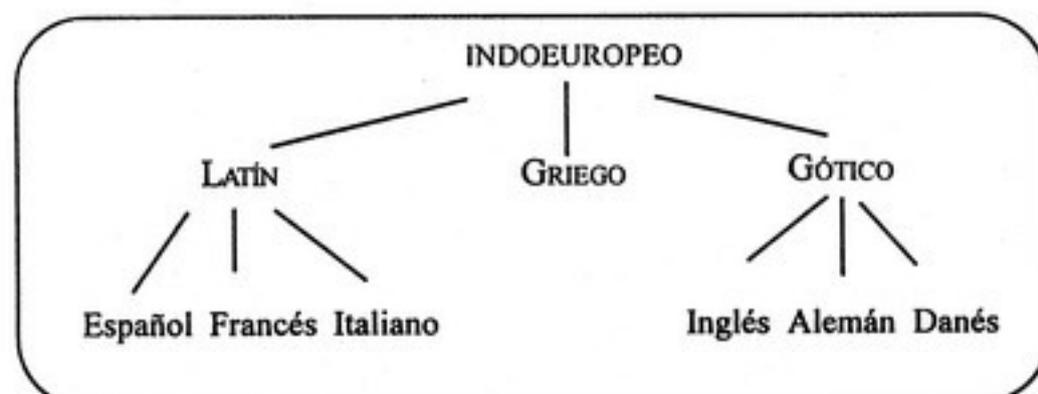
La Comunidad Lingüística Indoeuropea

Julían Martínez Vazquez

“La Europa de los Quince, los países que se han fundido en una Comunidad Europea, constituye una especie de museo lingüístico”. Con estas palabras comienza Louis-Jean Calvet su obra *Historias de Palabras -Etimologías Europeas* (Gredos, 1996). En la Introducción, al caracterizar esa diversidad, hace alusión a lenguas de migrantes (bengalí, chino, hindi, árabe en Francia, turco en Alemania), a lenguas regionales (catalán, vasco, bretón, corso), y, obviamente, a las lenguas oficiales. Estas últimas proceden de un origen común, del cual no se tiene testimonios escritos, pero que ha sido reconstruido en parte: el indoeuropeo.

Calvet presenta un ejemplo típico para ilustrar esa procedencia común: por una parte, del latín *octo* y *noctem* llegamos al francés *huit*, *nuit*; al italiano *otto*, *notte*; al portugués *oito*, *noite*; al español *ocho*, *noche*. Por otra parte, si analizamos las lenguas germánicas se encuentra el mismo paralelismo: *eight* y *night* en inglés; *acht* y *Nacht* en alemán; *otte* y *nat* en danés. Otra correspondencia: con los términos griegos *nyktós* y *októ*.

De aquí que se postule la existencia de la lengua indoeuropea, madre de las mencionadas en el ejemplo, con dos formas hipotéticas: **nokt* y **okt*. Lo cual podría presentarse en el siguiente cuadro:



El autor francés privilegia la amenidad a los términos técnicos, y, si bien reconoce el carácter científico de la etimología, asegura además que “es una invitación a la poesía; hace soñar o sonreír, divierte e instruye: nos lleva de viaje por el tiempo y las lenguas”. Por lo cual explica la etimología de un grupo restringido de palabras agrupándolas según su campo semántico: el ser humano, los animales, la comida, las partes del cuerpo, los sentimientos, etc.

En el caso de *hombre*, esta denominación está relacionada en las lenguas románicas con una raíz indoeuropea: **khem*, que significaba “tierra”. El hombre, “terrestre”, (en oposición a Dios, ‘celestes’) está ligado en las civilizaciones románicas al *humus* y la *humildad*. El término designaba, en un

principio, al género humano; luego pasó a describir sólo al sexo masculino: *hombre* en español, *homme* en francés, *uomo* en italiano, *homem* en portugués. Es así que en el feudalismo hallamos el *homenaje* (*hommage*, *omaggio*, *homenagem*). El latín, junto a *homo* presentaba *vir*, procedente del indoeuropeo **wir*, “hombre (masc.)”, que nos lleva a *viril*, *virtud*, demostrando así la vanidad que ostentaba el sexo masculino en las denominaciones.

Por el lado de las lenguas germánicas, el hombre es, a opinión de Calvet, aún más presuntuoso: su nombre proviene de la raíz **men*, que designaba el pensamiento. “El inglés *man*, el alemán *Mann*, el danés *mand* están ligados así a *mind*, ‘espíritu’”.

El *Diccionario Etimológico* de Corominas se limita a dar, tanto de *hombre* como de *mujer*, la etimología latina. Ramón Menéndez Pidal, en su *Gramática histórica*, hace lo mismo: nos explica que la *o* no diptonga ya que nasal + consonante la cierran; luego que al caer la *i*, la *n* en contacto con *m* se hace *r*; finalmente que el grupo nasal y líquida añade una oclusiva sonora para facilitar la pronunciación: *m'n* da *mbr*.

Sería interesante conocer un diccionario que llegue más lejos: que se remonte a la posible raíz indoeuropea, y que compare con las otras lenguas del mismo origen cada voz de nuestro romance. Tarea que la obra de Calvet no logra cumplir, ni es su cometido.